

CHACA MANDACA

Jorge Rivadeneyra A.

Chaca Mandaca vino a este mundo imperativando,

-¡Toc-toc-toc, que se abran las puertas de la vida –pedía gritadamente. mucho el ruidismo. Eso decían unos, y como si les gustara el desacuerdo, la gentamentazón, nada de eso, el que ahora es un señor-don le consta a mi comadre que no nació por estos rumbos sino en el mismísimo extranjero, y si no, fíjense en su pelo color melcocha, ojos de rapiñador y la piel color de leche descremada. Es un albino, decían los leídos y escritos, y los de la acera del frente, es un hijo de mandinga, quién quita, o tal vez de uno de esos volcanes que echan llamaradas, como asegura doña brujilda Petronila. Y la duda ya no era posible porque esos decires se basaban en el principio de autoridad de la magia. Y si no es ni lo uno ni lo otro, debe ser hijo de gringo, porque su madre, buena-moza ella, se había dado, dale-que dale, a la risavida durante toda su prolongada juventud. Por eso, en el lecho de la muerte, donde se supone que nadie miente, contó que cierta noche olvidó poner seguro a la puerta, y a eso de las doce entró alguien muy grande, de esos que hieden como si respiraran azufre. Será el Chimborazo, dizque supuso, o tal vez el Sangay, ese volcán de las candeladas. Pero haya sido el quien quiera, me embarazó y se fue dejándome con el frío de la muerte porque los volcanes de avanzada edad tienen esas canas que llaman nieves perpetuas.

-Además, su nombre es Cheo –había precisado la moribunda-, pero le dicen Chaca, sospecho que por consejos del Demonio. Y ahí está la cédula de identidad, que nunca miente.

Chaca Mandaca jamásmente desmintió esos runrunes por las cosquillas de sentirse diferente, una cualidad que le ayudaban a ganarse la vida en el arte que él llamaba quiromancia, específicamente en eso de adivinar el número de las barajas que los curiosos extraían del mazo. Y era un portento haciendo desaparecer o aparecer monedas, hipnotizando parroquianos en las ferias semanales de tanto pueblito de la serranía. Tenía esos dones, además de bigote y barba en la punta de la quijada, como esa de los chivos. Ademásmente pregonaba que era capaz de hipnotizar a cualquier viviente, sean humanos, caballos, gallinas y hasta serpientes. Y sus admiradores contaban, haciendo la señal de la cruz para que conste que era la purita verdad, que había hipnotizado a un batallón de soldados bien armados que disparaba a una multitud enardecida contra la dictadura

constitucional. Por cierto, tenía los ojos puyudos, que así llaman a esos ojos que cuando te miran parece que te puyaran. Estas características le dieron renombre, y a donde iba cordializaba con los tantos-cuantos, ¡epa Mandaca! ¿nos vemos en la corrida de toros?

Porque a los poblanos les encantaba presenciar como tumbaba al toro más bravo en las corridas de las fiestas patrias. Y sin que se considere una demasia, perjuraban haber sido testigos presenciales de los tres días que permaneció enterrado, y como si eso fuese poco, bajando la voz decían que nadó debajo del mar desde Cabo Codera hasta el Farallón Centinela, a diecisiete millas de distancia.

Había días que a Chaca Mandaca le molestaba la neblina mañanera, esas montañas borrosas debajo del cielo-humo, y en uno de esos amaneceres de repente sintió mucho frío, tanto que ya no parecía frío sino chirinchos. Un frío de altos páramos, dijo en voz alta para sí mismo porque no abrió la boca. Y como si se le hubiese prendido una luz, se le ocurrió que le gustaría modificar el clima y los paisajes del mundo, para mejorarlos, desde luego, teniendo como parámetro la purita imaginación. ¿Será posible? Tuvo una duda chiquita, pero se dijo a sí mismo, ¡claro que se puede mediante la *técnica de punta!*, presuponiendo que técnica de punta era el otro nombre de la fuerza de voluntad. Eso dijo, con un optimismo de ficción. Estaba convencido que la palabra *técnica* tiene poderes, y mucho más si es *de punta* con el significado del último grito de la moda. Pero se dio cuenta que para trasladar cerros, ríos, bosques y lagunas se requiere del trabajo egipcio. Llamaba trabajo egipcio a eso de construir pirámides faraónicas empujando rocas que parecían montañas con esclavos de profesión porquera aún no se había inventado las máquinas traca-que-traca.

El único problema consistía en que carecía de dinero y de historiados esclavos como los que servían a los faraones, y su entusiasmo transformador cayó unas décimas en su entusiasmómetro. Pero le quedaba eso que él llamaba la ficción creadora, y con ella podía embellecer la serranía transformando ese altar donde rezan las nubes, aumentar el raudal de los riachuelos, la variedad de los pájaros. Dese luego, las montañas no deben ser muy altas para evitar los accidentes aéreos. Y recordó que algo parecido hacían los esclavos egipcios bajo el reinado de Tutankamón, hace más de dos mil años, y recientemente los chinos maoístas transportando cerros y rellenando bahías. Le molestó lo de chinos y más lo de maoístas.

Divagaba. Desde el piso veinte del hotel donde sigilosamente buscaba viejitas que deseen saber su futuro, vio que las calles le parecían maquetas. Y de pronto aumentó el frío-chirincho, y sintió un desasosiego aumentativo producido por un no sé qué de la gente que mañaneaba.

¿A dónde diablos van?

Le pareció desusual el bochinche, esos cornetazos de los carros veloces, sobre todo la zozobra producida por un retroceder presuroso de los transeúntes, mientras otros corrían hacia unas humaredas negras. Negras, sí señor, un color que siempre presagia lo siniestro.

Bajó a todo ascensor, con esas vibraciones que sacudían su cuerpo cuando en alguna parte se producían sucesos renombrados.

-¡El pueblo se ha sublevado! –dijo un hombre que corría desesperado.

Chaca Mandaca preguntó dónde, pero el hombre ya estaba lejísimos. Entonces Mandaca procedió a detener carros y transeúntes, indagadamente. Le oían asombrados y se alejaban de prisa. Sólo un taxista tuvo a bien contestar, tan atropelladamente que sólo entendió las palabras lío y de la madona. Renunció a descifrar tanta jerigonza. Estoy perdiendo el tiempo, dijo. Además, había mucha gente sospechosa, con esa actitud de quien espera la hora del saqueo. Entonces descubrió al policía. Inusitadamente comprensivo con los peatones, el agente del orden, con gestos cordiales trataba de desenredar el nudo de tránsito que se había formado, entre cornetazos y blasfemias. Chaca Mandaca ni siquiera trató de acercarse para averiguar lo que pasaba. Prefirió mantenerse a prudente distancia del tumulto, tomando nota de los que parecían simpatizar con los revoltosos, que al parecer se habían hecho fuertes en la Plaza de los Héroes del Himno Nacional. Allí estaban tratando de incendiar el Palacio de Gobierno. Y para confirmar sus sospechas, en ese instante retumbaron varios cañonazos, seguidos de un griterío pavoroso.

Se desperdigó la multitud. Una señora se desmayó y varios mozos se tiraron al suelo para protegerse del tiroteo. Artimaña de rateros, tómese nota, porque se levantaron de prisa con la cartera y el reloj de la mujer desmayada. Un limpiabotas procedente de la Plaza de los Héroes pasó a todo correr, informando muy a los gritos que acababan de asesinar al Presidente de la República.

-¡Carmelina! –le llamaron varias voces.

El limpiabotas no era hombre sino una mujer, y se llamaba Carmelina. Sobresaliente fémina porque tenía la costumbre hacer versos a su hija, mientras esperaba que alguien solicite sus servicios. Elegí esta actividad en vez de puta, explicaba. Quiero que mi hija crezca con el orgullo de una madre con agallas. Lústrame los zapatos, Carmelina, le pedían varias personas, seguramente en son de broma, dadas las circunstancias. Pero ella siguió su correr despavorido. La situación es de cuidado, se dijo Chaca Mandaca. Avanzó en busca de algún

lugar propicio y de golpe dio con los cadáveres de varios soldados, retorcidos y sangrantes, esas actitudes inverosímiles en las que sume la muerte. El espectáculo macabro le convenció de que debía prepararse para la lucha, o para tomar las de villadiego. Echar a correr, a pesar de lo difícil, siempre es lo más fácil.

Pero le dominaba la curiosidad. Y cuando llegó a las inmediaciones de la Plaza de los Héroes se intensificó el tiroteo y el retumbar de los cañones era decididamente aterrador. Parece que lo más prudente es correr, murmuró Chaca Mandaca. Pero no corrió, y trató de confundirse con los curiosos, precaviéndose de las balas perdidas. Suponía que todos los proyectiles pasaban rosándole las malas palabras, que ojos misteriosos le vigilaban sólo a él para tenderle una trampa. Agachándose corrió hacia un grupo de hombres más o menos indiferentes. Se rascó la oreja izquierda con la mano derecha tres veces seguidas. Nadie captó el santo y seña secreto que usaban en la jorga de su lejana niñez, y los hombres a los que se acercó comenzaron a departir jubilosos. Bromeaban en un español proscrito por el Diccionario de la Real Academia de la Lengua. Chaca Mandaca hablaba un español miedoso, es decir sin palabras de cuartel. Y le exasperó la indiferencia. Inconcebible que haya gente que no esté ni a favor ni en contra. Tan idiotas. Carcajeando en los momentos supremos de un país. Se abrió paso a empujones, hasta que dio con una fila de soldados indolentes, con sus metralletas acomodadas de cualquier manera, de espaldas a la muchedumbre enardecida. Les llamó cobardes, y como al parecer no comprendían la razón de su bravata, cruzó rápidamente el cerco de los soldados y se acercó a un grupo de mujeres, que usaban ese aire de suficiencia que tienen las que han logrado casarse. Impresionadas con los ojos rojizos de Chaca Mandaca y su cara de diosito pueblerino, le admitieron ufanas en el grupo. Guirigaymente hablaban del ultraje a los valores nacionales.

Todos sonrisas, Chaca Mandaca se rascaba la oreja izquierda con la mano derecha. Las señoras sonrieron frente a costumbre tan curiosa. Posteriormente supusieron que el buen hombre padecía de sarna y siguieron sonriendo comprensivas al encontrar cierto parecido entre los modales del afuereño y sus mascotas, compañeros de las horas muertas. Chaca Mandaca se desilusionó con esas trivialidades. Les había creído mujeres de pro, capaces de luchar por los altos ideales. Más bien con señas que con palabras, señaló a la muchedumbre de la plaza y quiso saber qué ocurría. Ellas reasumieron su actitud de reinas ofendidas. Simultáneas, insistieron en el ultraje a los valores patrios. Trató de entenderlas y fracasó. Entonces hizo venias de despedida y se fue aturdido, rascándose la oreja izquierda con la mano derecha. Le cerró el paso un pelotón de soldados. Estaban armados para el combate, parados de cualquier manera y de espaldas al tumulto, como si le protegieran. Sin pensarlo dos veces, le preguntó a uno de ellos si era revolucionario.

-No señor –respondió el soldadito, como sorprendido con lo insólito de la pregunta-. Yo soy Agapito Rodríguez.

Chaca Mandaca se encharcó en lo confuso. Habráse visto semejante respuesta. Tan comedido el tal Agapito Rodríguez informó al soldado siguiente que el míster buscaba a un don Revolucionario, y quería saber si tal vez ese era su nombre de pila. El tipo comprendió lo capcioso y se rascó la oreja para disimular la risa. Chaca Mandaca le muy observó. Tanta la dicha. Respondió de igual forma y tomándole del brazo le condujo hacia la plaza donde la multitud agazapada y rabiosa se preparaba para un ataque a fondo. Retumbó un cañonazo y la gente se lanzó al ataque, vociferando muy. Eran jóvenes iracundos, mujeres viejas con canastas y frituras que no se desparramaban. Esgrimían garrotes y cuchillos. Pero nadie estaba herido ni se veía al enemigo contra el que se lanzaban. En un ángulo de la plaza se quemaba un montón de basura, llameando vivamente cuando un tipo mal vestido derramaba petróleo. Desde allí se elevaba una densa columna de humo. Varios soldados corrieron hacia Chaca Mandaca. Él creyó que para coadyuvarle, y desenfundó su navajita, apuntando a la turba multa que seguía avanzando lanzando gritos y carajos.

Inesperadamente tronó un cañonazo y la gente se detuvo en seco. Desde una torre, que Chaca Mandaca no había visto, por medio de micrófono y parlantes, un hombre vestido con extravagancia ordenó retroceder. Había que repetir la escena por culpa de aquel loco disfrazado de gringo.

-¡Sáquenlo inmediatamente! –ordenó-. Que no siga malogrando la filmación.

Varios hombres de pelo largo y trajes atrabiliarios tomaron a Chaca Mandaca por los brazos y le sacaron a empellones, advirtiéndole que no le pagarían ni un centavo porque no ha sido contratado como extra.

¿Extra? Disparataban, sin duda. El no era extra sino defensor de la democracia y no aceptaba propinas. Se le rieron, consternados. Sólo estamos filmando una película, le explicaron. ¿No había visto las cámaras instaladas en las torres?

-¿Y los soldados muertos?

-Sólo son maniqués. Y el Presidente de la República no sólo no fue fusilado, sino que él mismo autorizó el uso de la Plaza de los Héroes, previo el pago de una jugosa regalía.

Chaca Mandaca tomó asiento sobre la vereda. Estaba dejando de fumar, pero encendió un cigarrillo. Que gente tan estúpida, pensó, como si él no formara parte de la gente; confundieron cinematografía con revolución.